

# HABITAR Y RESISTIR EN CENTROAMÉRICA:

HISTORIAS DE VIDA DESDE LOS CUERPOS Y TERRITORIOS DE LA DISIDENCIA LGBTQ+



### **Habitar y resistir en Centroamérica:**

Historias de vida desde los cuerpos y territorios de la disidencia LGBTQ+

## **Créditos**

***“Habitar y resistir en Centroamérica: Historias de vida desde los cuerpos y territorios de la disidencia LGBTIQ+”***, fue desarrollada en el marco del proyecto “Rostros de la equidad. Derechos LGBTIQ+ en Centroamérica”, ejecutado por OIKOS- Cooperação e Desenvolvimento, SOMOS CDC, COMCAVIS TRANS y ASOCIACIÓN LAMBDA. Y; es cofinanciado por Global Affairs Canadá y Camões – Instituto da Cooperação e da Língua, I.P.

### **Equipo entrevistador:**

Marielos Handal, OIKOS- Cooperação e Desenvolvimento.  
Irania Martínez, OIKOS- Cooperação e Desenvolvimento

### **Acompañamiento técnico:**

Pedro L. Hernández Piedra, OIKOS- Cooperação e Desenvolvimento  
Rocío Ramírez, COMCAVIS TRANS  
Javier Yantuche, ASOCIACIÓN LAMBDA  
Arlette Orellana, SOMOS CDC

### **Redacción de las historias de vida y fotografía:**

Irania Martínez, OIKOS- Cooperação e Desenvolvimento

### **Revisión de estilo:**

Irania Martínez, OIKOS- Cooperação e Desenvolvimento

### **Diseño y diagramación:**

Andy Tosta, OIKOS- Cooperação e Desenvolvimento

El contenido de este documento es responsabilidad exclusiva del consorcio implementador del proyecto. En ningún caso debe considerarse que refleja los puntos de vista de Global Affairs Canadá o de Camões – Instituto da Cooperação e da Língua, I.P.

Centroamérica, junio del 2025.

## Prólogo

*Con ellas, elles, ellos.*

Este libro es más que un compilado de historias: es un acto de memoria, de reparación, de justicia personal y colectiva. Es una constelación de voces que han resistido al silencio y que hoy se atreven con orgullo a nombrarse, a narrarse, a decir: “Aquí estoy. Esta es mi historia. Esta es mi verdad”.

Quienes escribimos este prólogo —Marielos Handal, socióloga, e Irania Martínez, periodista— hemos acompañado este proceso desde nuestros cuerpos, nuestras convicciones, nuestros miedos y también desde nuestra profunda admiración. Sabíamos que recoger estos relatos implicaba mucho más que registrar palabras. Implicaba movernos —literal y emocionalmente— hacia territorios donde la vida ha sido tantas veces herida, desplazada, marginada, pero también profundamente digna y resistente.

Llegar a cada lugar no fue fácil... Pero nada de eso se compara con lo que implicó abrir el corazón para escuchar. Porque escuchar, cuando se hace de verdad, cuando no es extractiva, ni superficial, es un ejercicio que desacomoda. Muchas veces nos encontramos con silencios que dolían más que las palabras, con miradas que contaban historias que aún no podían decirse en voz alta. Otras veces, fuimos testigas de carcajadas que emergían como estallidos de vida en medio del dolor. Escuchar fue también sostener.

Hubo momentos en los que deseamos parar la entrevista porque la historia contada superaba por mucho nuestra capacidad de contención emocional, porque el dolor y la empatía se nos metía en el cuerpo, porque fue difícil mirar a los ojos de quien hablaba y no tener palabras suficientes para acompañar ese dolor, porque el cuerpo se nos estremecía ante tanta injusticia normalizada. ¿Cómo seguir redactando después de escuchar tanto abandono, rechazo, violencia sistémica? ¿Cómo escribir sin traicionar la fuerza de lo que se nos confió? ¿Cómo transformar esas vivencias —tan íntimas, tan crudas— en palabras que no revictimicen, que no simplifiquen, que no maquillen la verdad, pero que tampoco la exploten? Tanto este libro de historias de vida, como el glosario vivencial, que han sido los principales resultados de este ejercicio nos han demandado escribir desde adentro, sin apropiarnos. Y en cada línea, intentar estar a la altura del coraje de quienes hablaron. Porque no hay otro modo de contar estas vidas que no sea desde la empatía y el deseo por la justicia. Lo que sentimos a lo largo de este proceso fue, muchas veces, rabia. Rabia por sociedades que aún niegan, violentan y expulsan a quienes no encajan en sus moldes estrechos. Rabia ante las instituciones que no protegen, que castigan, que callan. Pero junto a esa rabia, también sentimos algo inmenso: esperanza. Porque cada persona que aquí tomó la palabra nos enseñó que resistir no es solo aguantar. Es cuidarse. Es acompañar a otros. Es estudiar, bailar, exigir, amar, organizarse, sanar. Es, simplemente, vivir con dignidad.

Esta publicación existe gracias a Addy, Alejandra, Andy, Brandon, Estrella, Kahory, Obryan, Tiziana... y a tantas otras voces que aún caminan entre nosotros. Gracias por hablarnos. Gracias por no rendirse. Gracias por dejarnos mirar un fragmento de sus vidas. Lo que compartieron con nosotras habita ahora en nuestra memoria, en nuestra ética, en nuestra forma de seguir trabajando por un mundo más justo.

Que quien lea estas páginas lo haga con respeto. Que se deje tocar. Que entienda que esto no es un libro más: es una forma de lucha. Y que cuando se cierran las últimas páginas, no se cierran también las preguntas, ni el compromiso.

— *Irania Martínez*

Periodista feminista, defensora de derechos humanos.

— *Marielos Handal*

Socióloga feminista decolonial, defensora de derechos humanos.



SI QUIERO HABLAR YA MUCHO TIEMPO FUI INVISIBLE.

ADDY  
RODAS



**Addy Rodas: Sí quiero hablar, ya mucho tiempo fui invisible**

Nací en Tegucigalpa, pero mi infancia se fragmentó entre barrios de la capital y el Rosario, un pueblo de Comayagua donde la familia de mi mamá guarda muchas memorias; por eso, me fui allá junto a ella y mis hermanas cuando mi abuela le heredó una casa. Tenía seis años, y esa mudanza cambió todo: la economía, el entorno, el trato. Pasé de una ciudad donde la discriminación es el pan de cada día a un pueblo donde ser “afeminado” era una sentencia.

A los ocho años, supe que me gustaban los varones y debo aclarar que no fue producto de ningún abuso ni influencia: simplemente, de manera natural, lo supe. A los nueve, fui víctima de violencia sexual. El daño fue real, físico, pero también fue un quiebre en mi relación con el mundo y aún ahora que ya han pasado años desde entonces, el recuerdo sigue trayendo consecuencias emocionales.

Nadie supo nada, ni mi familia, ni mis maestros. Solo lo compartí con la mamá de una amiga, que me ayudó a curarme en silencio. Era una mujer que ya había abierto las puertas de su casa a otras personas rechazadas del pueblo, es decir, a otros hombres gays que sus familias habían expulsado.

Callé por años. Por miedo, por vergüenza, por falta de opciones. No denuncié. ¿Dónde iba a denunciar en un pueblo que no tiene ni el hábito ni el lenguaje para hablar de abuso sexual infantil? No hubo justicia. Y eso también duele.

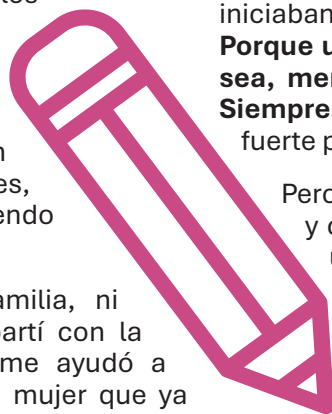
Mi familia nunca lo supo. En realidad, creo que ahora tampoco es que sepan mucho de

mí y está bien, no lo digo desde el dolor. Sin embargo, saben que trabajo con personas LGBTQ+, que a veces salgo en medios, que me invitan a foros... quizá solo no les interesa entender. Mi madre y mis hermanas me hicieron vivir violencia física, emocional y simbólica. Me golpeaban, me restringían comida, me desnudaron en la calle por usar una blusa que “no me correspondía”. Una de mis hermanas intentó inculparme de algo que nunca hice, ni siquiera intenté o pensé, todo con tal de meterme a la cárcel. Esa fue la señal definitiva de que tenía que irme de allí. A veces, la familia no es el refugio que quisiéramos.

Tampoco encontré ese refugio en la escuela, de hecho, mis maestros no me protegieron. A veces fueron ellos mismos quienes iniciaban la burla. **Y no, no los justifico. Porque un niño, por más “diferente” que sea, merece respeto, amor y cuidados. Siempre.** Nadie debería tener que hacerse fuerte para sobrevivir a su infancia.

Pero quien sí me apoyó, en la distancia y con sus limitaciones fue mi papá, un hombre sencillo, de pocas palabras y manos gastadas. Mientras en casa otras voces me agredían, él se limitaba a acompañarme con actos, no con sermones. Me dejó ir a movilizaciones políticas cuando tenía quince años. Me escuchó cuando nadie más lo hacía. Asistió a mis triunfos escolares. Nunca me preguntó por qué era como era, solo me preguntaba si ya había comido. En un mundo que tantas veces me negó el amor, mi papá me lo ofreció sin condiciones. Y eso, para mí, ha sido más que suficiente.

Con todo lo anterior, intenté cambiar, lo juro. En cuanto la vida me presentaba la oportunidad de llegar a algún lugar nuevo,





pensaba en cambiar mi voz, mi forma de caminar, fingir que me gustaban las mujeres. Hasta tuve una relación con una compañera del colegio que fue amorosa y comprensiva, lo intentamos... Pero no funcionó. Fingir es otra forma de desaparecer.

No me avergüenza aceptar que ejercí trabajo sexual durante dos años. Claro, lo hice por necesidad. Para comer, para vestirme, para sobrevivir. Fue duro y mi historia no puedo negarla porque sería como negarme mi existir. Y, sin embargo, todo esto que viví me ha llevado a ser quien soy; es decir, también fue un punto de partida. Porque con el tiempo, con trabajo y estudio, empecé a construir mi autonomía.

**De hecho, la autonomía fue mi salvación.** Cuando tuve mi primer salario y pude pagar mi renta, cuando decidí qué camisa ponerme sin pedir permiso, algo cambió. Tener dinero propio fue tener voz. Dejar de depender fue empezar a vivir. **Y vivir, en mi caso, no era solo respirar: era poder nombrarme.**

Ahora, **me identifico como persona no binaria y homosexual.** Lo hago con conciencia política. Mi pensamiento se ha nutrido de lecturas, de formación popular, de movimientos que cuestionan el binarismo colonial y la blanquitud normativa. Ser no binarie, para mí, es una manera de decirle “no” a todo eso: al género como cárcel, a la heterosexualidad como regla, a los cuerpos obligados a encajar. No me reconozco ni como hombre ni como mujer hegemónicx.

Me reconozco con una corporalidad libre que habita desde la disidencia. Por eso, cuando me nombro, lo hago desde una posición crítica ante un sistema blanco, binario y patriarcal que invisibiliza a quienes no encajamos. Le digo no a ese sistema que excluye a las personas trans, negras, con discapacidad, con VIH, a todas las

disidencias.

Cuando la autonomía llegó, bajo mucho esfuerzo, estudié en la universidad, trabajé seis años en una cafetería, me gradué como docente. Ahora trabajo en la Secretaría de Derechos Humanos, donde formo parte del equipo que construye la segunda política pública en Derechos Humanos.

No soy ingenuo: sé que el Estado también oprime. Pero también sé que puedo usar este espacio y dejar puertas abiertas para otras personas como yo y para impulsar cambios que, permitan a los, las y les míos (personas LGBTIQ+) a tener una Honduras que les permita una vida con dignidad.



Todo esto, no podría ser posible sin las vivencias que me conforman y sin mi primera noción de lo que era una lucha colectiva que llegó en 2009. Tenía 15 años. Fue el año del golpe de Estado en Honduras. Me movilicé desde Comayagua hasta Tegucigalpa para participar en las manifestaciones por el retorno del presidente Zelaya. Fue allí donde vi, por primera vez, la bandera LGBTIQ+ ondeando en medio de la protesta. La cual, ingenuamente, pensé que era una cooperativa. Luego entendí: era un grupo de “maricones”, como yo, que decían con fuerza y sin miedo: *“Aquí estamos. También somos resistencia.”*

**Ese día me reconocí defensor de derechos humanos.** No con esas palabras aún, pero sí con esa convicción. Quise ser parte de eso. De esa alegría que resistía. De esos cuerpos libres que exigían lo que merecían. Desde entonces, me formé en educación popular, en normativa internacional, en procesos comunitarios. Y seguí caminando.



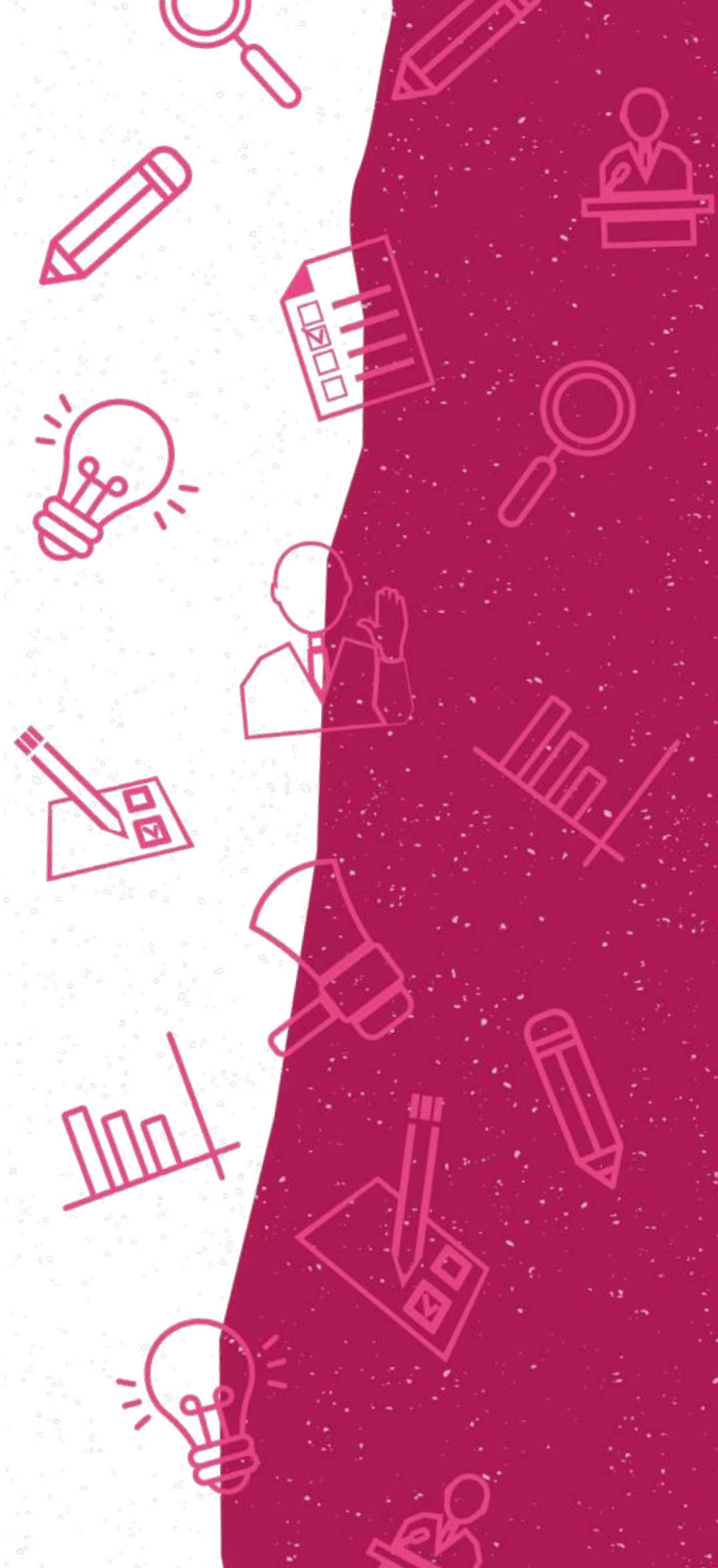
Me negaron donar sangre para mi papá por mi timbre de voz. Me dijeron que no podía ser maestro por ser maricón. Me dejaron fuera de espacios laborales, familiares, religiosos. Pero aquí estoy. No por fortaleza divina, sino por resistencia. Por rabia organizada. Por esperanza en construcción. Porque me niego a ser otra historia que se cuenta en pasado.

Resistir, para mí, es cuidar. Es dar la cara. Es saber que, si hoy tengo una voz, la uso también por quienes no la tuvieron. No quiero que digan que sobreviví. Quiero que digan que **me hice cargo de mi historia**. Y que no lo hice a medias.

En la actualidad la relación con mi madre ha cambiado y mejorado mucho, así como con mis hermanas, hemos a prendido a caminar de la mano y respetar nuestras diferencias desde el amor familiar.

Sé que tener un empleo estable y una voz pública no me exime de la violencia. Porque mi trabajo tiene rostro, nombre y causa. Porque mi lucha tiene el cuerpo de mis compañeras trans, de quienes aún viven en las calles, de quienes no han tenido las mismas posibilidades.

Y si algún día ya no estoy, que no digan que Addy fue una cifra. Que digan que **Addy habló. Que resistió. Que no se quedó callado.**





**YO NO ELEGÍ LA REBELDÍA. LA REBELDÍA FUE ELEGIRME PARA SOBREVIVIR**

**ALEJANDRA  
GENOVÉS**



**Alejandra Genovés: “Yo no elegí la rebeldía.  
La rebeldía fue elegirme para sobrevivir”**

Nací en Villanueva, Honduras, en una familia grande, tradicional y profundamente religiosa. Desde pequeña me sentía diferente, pero no tenía las palabras para nombrarlo.

Me gustaban las niñas de cabello largo, pero en mi casa nunca se habló de que las mujeres pudieran amar a otras mujeres. No sabíamos que existíamos.

A los 12 años sentí por primera vez lo que luego entendería como amor por una compañera del colegio. Nunca se lo dije. No podía. Tenía miedo.

A los 15, no tenía muy claro cómo nombrarme, no sabía si era mujer bisexual o lesbiana, todavía no terminaba de entender, aunque había comenzado a comentarlo a mis hermanos; a los 17 viví una violencia que hasta hoy me cuesta contar.

Nunca lo denuncié. No sabía que tenía derecho a hacerlo, no tuve ni siquiera derecho a gritar. No sabía siquiera que eso tenía nombre.

Solo lo hablé con un maestro del colegio, que además era psicólogo, y que me ayudó a no hundirme.

**Mi identidad no fue la causa de esa violencia, pero sí su excusa.**

Como si eso justificara el daño. Como si una pudiera provocar con solo existir. Aprendí a temer, a ocultarme, a callar.

Durante años viví atrapada entre el silencio y la vergüenza que no era mía.

A los 21, cuando por fin “salí del clóset”, también me sacaron de mi casa.

Mi madre fue la primera en cerrarme la puerta. Me golpeó. Me gritó que si me dormía, me iba a matar. Esa noche me fui de esas paredes que me habían visto crecer, con lo poco que tenía, y con el corazón hecho trizas.

No duré mucho fuera. Volví semanas después, sin promesas de cambiar. Volví a pedirle que me mirara como la hija que siempre había sido, solo que con una forma distinta de amar. Me aceptó a medias.

Aún le cuesta. Pero nunca dejó de ser mi mamá, y yo nunca dejé de quererla, aunque sus palabras se me hayan quedado tatuadas en el cuerpo y en el corazón.

Sin embargo, en este camino también he encontrado comunidad. A

los 21, una organización LGBTIQ+ me abrió las puertas y me enseñó que tenía derechos, que no estaba sola, que podía reconstruirme.

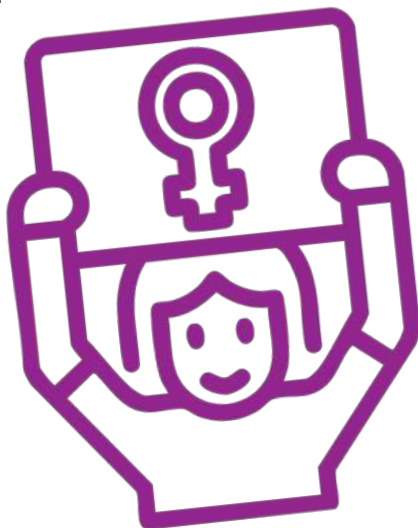
Aprendí feminismo. Aprendí a nombrar las violencias. Aprendí a poner límites y a resistir.

Ser lesbiana, para mí, es ser libre. Pero es una libertad con precio.

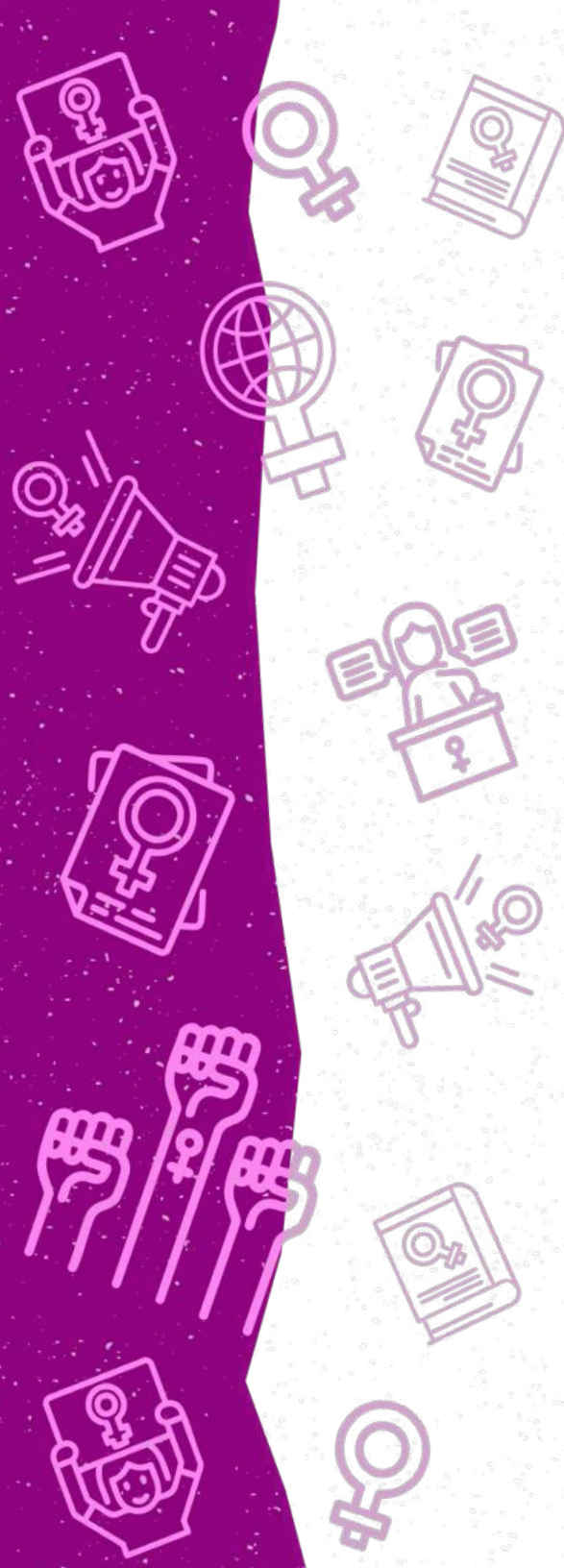
En la calle, en mi trabajo como repostera —aunque soy enfermera de formación— en las aulas, he tenido que aprender a leer las miradas, a protegerme del chiste “inocente”, del comentario disfrazado, del acoso que no se nombra.

No todas las heridas dejan cicatriz visible. A veces, lo que más pesa son las palabras, las omisiones, el miedo sembrado desde la infancia. Pero hoy elijo ser visible.

No por valentía, sino por necesidad. Porque sé que hay otras como yo, más jóvenes, que aún







buscan su lugar en el mundo.

Ahora, con 32 años, mis sobrinas —las mayores y también las más pequeñas— me buscan para contarse, para descubrirse. A veces llegan con temor, a escondidas de sus madres, pero con el alivio de saberse escuchadas.

Yo les hablo con el mismo amor y sinceridad con el que me hubiera gustado que me hablaran a mí.

Aunque al inicio temí que mis hermanas pensarán que las estaba influenciando, entendí que, si ellas no podían confiar en nadie más, yo debía estar ahí.

Hoy soy su lugar seguro. Y ojalá ellas nunca tengan que pasar por las sombras que a mí me tocó atravesar.

Las nuevas generaciones tienen otra luz: preguntan, dudan, se nombran. Solo espero que el mundo las trate con más ternura de la que me tocó a mí.

Ser lesbiana, para mí, no es solo una orientación. Es una afirmación. Es plantarse frente al mundo. Es habitar una libertad que incomoda, que reta, que resiste.

Para mí, ser Alejandra, mujer lesbiana, no es solo una identidad, sino una forma de existir.

Romper el silencio, ser visible... es, sobre todo, ser libre. Es una rebelión contra todo lo que se espera, contra los moldes impuestos.

Libertad y rebeldía, esas son las dos palabras que me definen.

Por años traté de encajar en moldes que me asfixiaban. Probé vínculos

que no sentía, repetí discursos que no me representaban.

Hasta que me nombré. Y en esa palabra —lesbiana— encontré una manera de respirar con honestidad. De existir sin fingir.

Resistir, en mi vida, ha sido una forma de amor propio. No es egoísmo pensar en mí; es



sobrevivencia.

Es cuidar esta vida que tanto me ha costado sostener. Resistir ha sido mirar atrás sin hundirme, y mirar adelante con deseo.

Es también acuerpar, tender la mano, hablar aunque duela. Porque si yo pude caminar este tramo, quiero que otras también lo hagan sin miedo, sin silencios, sin culpa.

Hoy no tengo todas las respuestas, pero tengo claro que resistir es amarme. Que no estoy sola. Que cuando marchó con mis compañeras, cuando hablamos, cuando reímos, estamos construyendo el futuro que nos negaron.

Nos llamaron brujas. Pues que así sea. Aquí estamos, en aquelarre, haciendo justicia con la memoria, tejidas de sororidad y rabia, pero también de esperanza.



MI ORIENTACIÓN Y MI IDENTIDAD NO SON DEBATES,  
SON REALIDADES QUE PINTO,  
QUE VIVO Y QUE EXIJO QUE SE RESPETEN.

ANDY  
TOSTA



**Andy Tosta: Mi orientación y mi identidad no son debates, son realidades que pinto, que vivo y que exijo que se respeten.**

Me llamo Andy Tosta. Nací en Honduras, un país donde desde pequeño aprendí que ser diferente era un riesgo. No tengo muchos recuerdos de mi infancia; eso siempre me ha parecido curioso, pero quizá la memoria, a veces, es una puerta que se cierra sola para protegerte.

Lo que sí recuerdo con claridad es no querer ponerme vestidos, imitar los gestos de mi padre cuando doblaba su pantalón después de trabajar o proteger a mis amigas en la escuela de los varones. Nadie me explicó qué era ser trans, y crecí sin saber que lo que sentía tenía nombre.

Fui un niño sensible. Lloraba mucho. Me dolía no entender por qué no encajaba. Con el tiempo, supe que lo que dolía no era yo, sino lo que los demás esperaban de mí.

La escuela me enseñó que los espacios están marcados por el género. Nunca me dejaron tocar un bombo en la banda escolar. En vez de eso, me elegían para ser la “India bonita” e incluso la “Reina de la escuela”. Los varones tocaban instrumentos; a las niñas nos ponían vestidos pomposos. No fue hasta la universidad que empecé a entenderme. Primero me identifiqué como lesbiana. Luego, en talleres con otros hombres trans, las piezas comenzaron a encajar. Era un proceso íntimo, pero también social: hacer sentido de quién sos, mientras el mundo insiste en definirte.

Fundé el colectivo Transvergente porque sé lo que es caminar solo. Ahí nos acompañamos, sin necesidad de títulos ni diplomas de activismo. Nos bastan la escucha, el respeto, y el deseo de no repetir los silencios que nos dolieron.

**Ser trans en Honduras no es solo una identidad: es una forma de resistencia cotidiana.**

La policía me ha humillado en la calle, pidiéndome mi nombre legal frente a desconocidos, burlándose, queriendo que lo diga en voz alta como castigo. En universidades, me han expulsado de espacios donde otras parejas —heterosexuales— pueden sentarse sin problema.

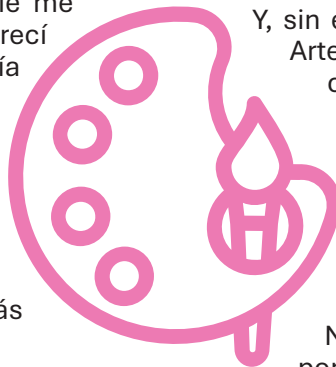
En centros de salud, llaman por un nombre que no reconozco como mío. Cada trámite, cada fila, cada aula es una trinchera.

Y, sin embargo, he seguido. Estudié en Bellas Artes. Pinto. Diseño. Hago arte erótico como parte de mi resistencia. Y en ese aprendizaje también han llegado momentos incómodos, como aquella vez en una exposición, donde una persona decidió llamarme por mi nombre legal, sabiendo perfectamente que estoy en un proceso de transición. No respondí. No porque me faltaran palabras, sino porque entendí que no tenía que dar explicaciones. Me di la vuelta con dignidad, porque no era yo quien debía avergonzarse.

Hace poco, gané la beca Vicky Hernández (quien fue una mujer trans asesinada en el 2009). Me la dieron cuando ya no lo esperaba. Esa beca no es solo una oportunidad académica; es un reconocimiento simbólico de una lucha colectiva. Me permite seguir estudiando, aunque este país muchas veces cierre las puertas. Seguir formándome es también una forma de resistencia.

Por todas estas anécdotas, también intento acompañar a quienes vienen detrás, porque yo hubiera querido tener a alguien que me dijera que era posible vivir sin miedo.

En esta transición, he dejado de hormonizarme





gente le molesta que sea libre. Que me vea como quiero, que me nombre como elijo. Pero a estas alturas, ¿quién más puede decidir por mí? Resisto desde que dije, de niño, que no me pondría ese vestido con revuelos.

Resisto cuando camino por la calle, cuando pinto, cuando acompaño a otros chicos, cuando digo: “me llamo Andy”.

Este país será otro el día en que los niños no tengan que bloquear sus recuerdos para sobrevivir. Mientras tanto, sigo aquí. Viviendo. Nombrándome. Acompañando.





SOY LA FORMA QUE TOMAN LAS PINTURAS AL CAER

BRANDON  
MÉRIDA



## Brandon Mérida: Soy la forma que toman las pinturas al caer

Nací hace 32 años en Chiantla, Huehuetenango, Guatemala, en una familia que arrastraba violencias viejas, de esas que existieron incluso antes de que yo viera la luz de este mundo.

Mi mamá migró a Estados Unidos cuando yo tenía once meses. Mi papá, aunque estuvo más cerca físicamente, siempre fue distante, ausente, áspero. Me criaron mi abuela y mi tía a quien reconozco como un salvavidas en diferentes momentos.

A mi abuela también la llamo “mamá”, una mujer firme, de esas que educan desde la experiencia, pero quien era capaz de quitarse el bocado de la boca para dárselo a otro, también fue quien, por miedo o ignorancia, intentó “corregirme” cuando empecé a nombrarme, no la culpo, porque lo hizo desde el desconocimiento y desde el amor que me tiene.

Recuerdo que debido a esa negación tuve que “salir del clóset” al menos unas cuatro veces con ella. Sin embargo, ahora puedo decir que ella sabe quién soy y me ama por ello. Desde muy pequeño supe que no encajaba. A los once años descubrí el teatro, gracias a mi tía, que es como una hermana para mí... y fue ahí donde empecé a respirar.

Aún no sabía nombrar mi identidad, pero sobre el escenario no tenía que explicarle nada a nadie. Podía ser quien quisiera. Con el tiempo, mi forma de ser tan distintiva empezó a notarse más, y eso trajo consecuencias.

Me obligaron a salir del clóset. Fui llevado a sesiones de oración, psicólogos, intentos de exorcismo organizados por parte de otra tía, una más religiosa. Venían desde la capital, su pastor y su cruz, convencidos de que lo que yo era se podía expulsar a golpes de fe.

Corrí. Me escondí. Me refugié en casas de amigas. Caminaba con lo justo para el pasaje, huyendo de mi tía, quien me confundía control con amor. A los 14, ya había vivido terapias de conversión y bullying.

Pero también tenía una red de amigas — mis “Juanas”— con quienes aprendí a resistir desde la risa, desde el estudio, desde lo cotidiano y quienes me han sostenido durante los últimos 17 años. Y tampoco puedo olvidar mencionar a *Trabajando Unidos Huehue* donde encontré familia y comunidad. Ahí entendí que lo personal también es político. Me involucré en procesos de articulación institucional, incidencia, construcción de agendas juveniles.

Empecé a acompañar casos de violencia y a documentar lo que nos pasa a las personas LGBTIQ+ en el occidente del país. En este camino vi cosas duras: amigos golpeados y amenazados. Una noche, saliendo de una discoteca con mis amigos, fuimos interceptados por policías. Me acosaron sexualmente.

Logramos escapar, pero la sensación de impunidad me caló hondo. No es un caso aislado. La violencia hacia nuestros cuerpos viene muchas veces de quienes se suponen “autoridades”.

En 2019, asesinaron a una amiga trans.







En el proceso de búsqueda de la verdad y justicia, acompañé a su madre todo cuánto pude, aún cuando mi familia pudo temer por mi seguridad. Lo he hecho porque me gustaría que mis amigos estuvieran con mi mamá si algo me pasara, como nosotros estuvimos con su mamá cuando le sucedió. En Guatemala, ser visible es arriesgar la vida. Pero también es resistir.

Me nombro como una persona queer porque me niego a vivir en las etiquetas de otros. No lo hago desde un capricho, sino desde una necesidad de afirmar mi existencia fuera de cualquier estructura rígida. No es mi identidad de género lo que habita en lo queer; es mi existencia entera.

Lo abstracto que atraviesa mi cuerpo, mis pensamientos, mis emociones y mi deseo. No me detengo en un solo “gustar” o “ser”, porque cada día descubro algo nuevo de mí. Para muchas personas resulta incómodo ese terreno sin nombre fijo, pero **en esa incomodidad yo respiro.**

Me costó llegar ahí. En un principio traté de habitar categorías impuestas: el “gay” que la teoría me ofrecía. Me gustaban los hombres, así que la casilla parecía cómoda... hasta que no lo fue. Hasta que empecé a preguntarme: ¿realmente alguna vez me sentí hombre? ¿por qué sería importante serlo?

Sé que, en este país, la gente necesita nombres para poder entender y, sobre todo, intentar al menos respetar. En muchos espacios me detienen con esa pregunta molesta: ¿es hombre o es mujer? Para evitar la violencia inmediata, a veces respondo “sí, soy hombre” y es que tampoco estoy peleado con mi cuerpo... pero también sé que es una respuesta incompleta, un pequeño acto de supervivencia. **Lo que soy no cabe en una tarjeta de identidad.**

Incluso me he pensado en la asexualidad. No como un rótulo, sino como una posibilidad de explicar esa relación laxa que tengo con el contacto, con lo romántico, con la necesidad de estar “con alguien”.

Soy extrovertido cuando quiero, introvertido cuando me da la gana. Me gusta respetar el silencio y la soledad con mi cuerpo. Ser queer para mí es eso: una abstracción que vibra en lo cotidiano. Y lo reivindico porque sé que hay muchas otras personas que lo sienten y no lo saben nombrar.

Que piensen que, quizá, tienen que ser trans para transitar el género, o gays para desear cuerpos, cuando en realidad somos más que las palabras que nos han impuesto.

Yo quiero que comprendan que nuestra lucha no es por privilegios, sino por condiciones



mínimas de dignidad: justicia, seguridad, afecto. Porque cuando uno empieza a conocerse, a informarse, a nombrarse con libertad, ya no hay vuelta atrás.

No soy una etiqueta, pero si tengo que decirlo para que me entiendan y me respeten, entonces sí: soy una persona queer. Y soy mucho más que eso.



RESISTIR TAMBIÉN ES CUIDAR, AMAR Y SANAR.

ESTRELLA  
CERÓN



**Estrella Cerón: Resistir también es cuidar, amar y sanar**

Me llamo Estrella Esmeralda Cerón. Nací y crecí en una colonia humilde en Ciudad Delgado de El Salvador. Desde muy niña supe que no era como los demás decían que debía ser. Y aunque eso nunca me pesó a mí, parece que sí fue un peso enorme para quienes me rodeaban.

En la escuela, me fue difícil desde el principio. No solo por el estudio, que a veces me costaba, sino porque cada día era una batalla contra las burlas, los golpes, los rumores.

A los siete años, repetí primer grado. Me señalaban, me empujaban en los baños, me acusaban de cosas que no hice. Recuerdo que un compañero dijo que yo lo había tocado. No era cierto, pero bastó esa palabra para que el castigo no se hiciera esperar: en la escuela me llamaron la atención, en casa me golpearon. Así fue muchas veces. Cada problema en el aula se convertía en violencia en mi hogar.

A los 16 años, mi papá me echó. Me descubrió abrazando a un muchacho en la panadería que era de mi familia y donde yo trabajaba. No me dejó cambiarme ni llevar nada. Me sacó sucia, con olor a grasa, sin zapatos. Lloró cuando me fui, pero no se detuvo. “Así ándate”, me dijo. Y así me fui.

Fue mi abuela la que me vio cruzar el pasaje y me detuvo. “¿A dónde vas?”, me preguntó. Le dije que no sabía, que sin rumbo. “Usted no se va para otro lado”, me dijo. Y me abrió su casa, su mesa, su cariño. Desde ese día y durante más de veinte años, ella fue mi todo.

Con ella volví a empezar. Aprendí a lavar, a cocinar, a cuidar. Y un día, a los 25 años, decidí también volver a estudiar. Una amiga me animó. Retomé los estudios desde quinto grado en la nocturna. Tenía que juntar para pasajes, para materiales, para uniformes. Lo hice todo con esfuerzo. Lo hice siendo ya adulta, con miedo y también con dignidad.

Pero la escuela seguía sin ser un lugar seguro. Había maestras que me gritaban por usar maquillaje, por llevar perforaciones. Una vez, una me dijo que me fuera a lavar la cara. Me salí al pasillo a llorar, como una niña.

Fue esa misma maestra la que, sin saberlo, a través de varias situaciones, me impulsó a defenderme. A no dejarme. A levantar la cara, como me enseñó una psicóloga. A decir con firmeza quién soy porque merezco existir con dignidad y sin vergüenza.

Y soy una mujer trans. No porque alguien lo dictó, sino porque así me siento, porque así me identifico. Desde pequeña jugaba a la casita y jugaba a ser mamá, me ponía vestidos escondida, soñaba con pintarme los labios. Pero en mi casa eso era motivo de castigo. Mi papá no entendía, mi mamá callaba. Tal vez por miedo. Tal vez porque así se crían también las mujeres en este país: criadas para obedecer.

Pero mi abuela fue diferente. Me dejaba ser. Me dejaba vivir. Me acompañó cuando empecé mi transición, cuando me hice las primeras perforaciones, cuando conocí a otras compañeras trans en talleres de formación.









LA ALEGRÍA TAMBIÉN ES RESISTENCIA.

**KAHORY  
AYALA**



## Kahory Ayala: La alegría también es resistencia.

Me llamo Kahory Ayala. Tengo 41 años y vivo en Santa Ana, El Salvador. Me defino como una mujer bendecida y bisexual, aunque durante mucho tiempo la gente se ha encargado de decir por mí quién soy. Me han llamado lesbiana, marimacha, rara. Lo cierto es que nadie se tomó el tiempo de preguntarme. Y cuando una no tiene información, a veces ni siquiera una misma sabe cómo nombrarse. Pero hoy sí: me reconozco, me respeto y me nombro. Pese a todo, mi identidad no solo se define por ser una persona de la diversidad, sino por el amor con el que vivo y comparto.

Desde pequeña he sido inquieta. Me gusta moverme. Me apasiona bailar, hacer aeróbicos, correr, organizarme, planificar, ayudar. Lo mío es estar en movimiento, con cuerpo y mente ocupados. Hace un par de años me fracturé tres dedos del pie y fue como si me hubieran encadenado. Me obligó a parar, y eso fue más duro que el dolor físico. No soy de las que aguantan estar sentadas viendo pasar la vida.

Pero me recuperé. Y volví a bailar. Hoy hasta subo mis rutinas a TikTok. No solo porque me gusta, sino porque quiero motivar a otras personas, sobretodo de la comunidad LGBT. A veces me dicen: “Kaori, no tengo ropa ni zapatos para eso.” Y yo les respondo: “Eso no importa. Lo que importa es que te dediques tiempo a vos.” No vivo de dar clases de aeróbicos. Trabajo en lo que haya: hago limpieza, atiendo una venta de repuestos, ayudo en lo que puedo. Pero también tengo un compromiso comunitario que me llena de orgullo.

Soy voluntaria del Ministerio de Salud y apoyo a mujeres con su planificación familiar. En mi casa

llevo controles, aplico anticonceptivos, asesoro. Las mujeres vienen aquí porque saben que respetaré su privacidad. Yo no ando divulgando sus historias. Me cuentan sus problemas, y yo escucho. Con respeto... y sin juicios. También acompaño a algunas chicas trans con su hormonización. En este país, acceder a ese derecho es casi imposible. Lamentablemente, el sistema de salud no lo garantiza. Pero junto con un doctor del área, tratamos de ayudar a algunas, aunque sea a unas pocas, aunque sea una vez al mes. Lo que podamos hacer, lo hacemos.

Me gusta estar organizada. Tengo un calendario con “numerotes”, donde anoto cada actividad en los días, incluso le tomo fotos a las hojas para no perder el rumbo de mi agenda. Me gusta cumplir, saber dónde estoy, a qué hora, con quién. Pero también me reservo tiempo para mí. Lo aprendí de mi mamá. Ella, que ha sido mi roca, mi soporte. Esa mujer que desde siempre me ha apoyado, sin importar mi orientación, ni cómo me vista, ni a quién ame. Me ha enseñado que se puede cuidar desde la ternura y también desde la acción. No ha necesitado entender cada término o cada etiqueta, porque ha entendido algo mucho más grande: que yo soy su hija, que merezco respeto, y que nadie puede negarme mi derecho a existir

plenamente. Recuerdo una vez que alguien le preguntó a mi mamá: “¿Kaori es lesbiana o qué es?” Y ella contestó: “Pregúntenle a ella. Yo respeto sus decisiones. Y no me gusta el chisme.” Así es mi mamá. Directa. Digna. Y firme. Siempre ha estado. A pesar de todo.

Mi infancia fue feliz dentro de lo que se podía. Mi papá biológico murió cuando yo tenía apenas once días de nacida. Se suicidó. Su familia decía que yo no era hija de él. Pero si me ves, dicen que soy su fotocopia. De él heredé —cuentan— la risa fácil, los chistes, el buen humor. Pero también el





miedo silencioso de estar escondiendo dolores que nadie ve.

Después, mi mamá tuvo otra pareja, el papá de mi hermano. Con él vivimos varios momentos difíciles. La violencia contra mi mamá fue brutal. Recuerdo verla golpeada, incluso con corvo. Yo me escondía en la pila, con miedo. Entonces me decía: “Cuando sea grande, yo le voy a pegar a él para que ya no le pegue a mi mamá.” No entendía lo que estaba pasando, pero sabía que estaba mal. Con los años, me tocó hacerme cargo de la casa sin darme cuenta. Mi padrastro se enfermó, le amputaron dedos por diabetes y dejé de estudiar para sostener a mi familia. Trabajaba, pagaba recibos, compraba comida. A veces me pregunto cómo aguanté tanto. Pero lo hice. Como muchas otras mujeres que no tienen opción.

En ese tiempo yo ya me había reconocido como bisexual. Fue cuando trabajaba en una fábrica textil, hace unos quince años. Pero no lo decía. Sabía que eso podía traerme problemas. Vi cómo discriminaban a una compañera por su expresión de género. Le decían “aquí no”, como si fuera un error... como si eso la hiciera mala trabajadora. Yo me callaba. Tenía miedo. Y ese silencio duele. Porque una se traga todo. Hoy lo pienso y me da rabia no haber tenido las herramientas para defenderme. Después vino el activismo. Casi sin buscarlo. Me invitaron a una actividad sobre terminología LGBT y fui con mi mamá. Nos encantó. Comenzamos a asistir a talleres, a formarnos. Aprendí sobre derechos, sobre resistencia, sobre comunidad. Y encontré mi lugar. Me hice parte de colectivos, me involucré. Desde ahí empecé a sanar. Y también a ayudar a sanar a otras.

A veces me dicen que hablo claro, sin tanto tecnicismo. Que soy cercana. Y es que yo aprendí así, desde la experiencia, desde el cuerpo. No necesito grandes palabras para explicar que ser quien soy no debería ser motivo de discriminación. Que merezco respeto, trabajo,

salud y amor. Resistir ha sido una constante. En lo íntimo y en lo público. Lo viví con mi pareja actual, con quien sí hay una diferencia de edad significativa. Nos juzgaron por eso, y por ser dos mujeres. Y por si fuese poco, hasta cuestionaron la belleza... Decían que era fea, que cómo podía estar con alguien así. Pero yo soy feliz. Y eso debería bastar. Las críticas llegan por lo que sea. He aprendido a defenderme. A no callar. Porque antes lo hice. Me callé frente a discriminaciones, a comentarios hirientes, a rechazos. Y eso me dañó. Por eso hoy hablo. Por eso hoy lucho. Porque sé que otras también están callando, sintiéndose solas, creyendo que lo que viven es normal.

El Salvador que sueño es uno donde podamos vivir sin miedo. Donde se hable de identidad de género en las escuelas, sin prejuicios. Donde las niñas y niños puedan descubrir quiénes son con



libertad y sin culpa. Donde existan leyes que nos protejan. Donde la diversidad no sea una carga, sino una parte más de la sociedad. Mi historia no es perfecta. Ha habido dolor, claro que sí. Pero también ha habido alegría, cariño, compromiso. Me considero una mujer bendecida. Porque a pesar de todo, estoy aquí. Porque bailo, río, abrazo, organizo, acompaño, sirvo.

En mi manera de ser, de amar y de convivir, busco siempre dejar una huella positiva. Que cuando alguien me recuerde, lo haga por la paz, la alegría y la libertad con la que vivo. Y porque, cuando yo no esté, sé que me van a extrañar.



SER TRANSMASCULINO, SER NEGRO, SER POLÍTICO, SER YO

O'BRAYAN  
ROBINSON



**Obrayan Robinson - ser transmasculino,  
ser negro, ser político, ser yo**

Nací en La Ceiba, Honduras. Me crié entre el bullicio del Caribe y los silencios que a veces dejan las ausencias. Soy garífuna, negro, transmasculino y hondureño. Esta es mi historia, una que no comenzó con orgullo, sino con muchas preguntas, con heridas que tardé años en nombrar.

Crecí en La Ceiba, en una familia que, como muchas, hacía lo posible con lo que tenía. Mi mamá fue una mujer fuerte, trabajadora, que nos sacó adelante como pudo cuando mi papá migró a Estados Unidos. Yo tenía once años. Desde entonces, ella fue todo: cabeza de hogar, cuidadora, sostenedora.

De mi infancia también recuerdo espacios donde personas cercanas, adultos que se suponía debían cuidarme, cruzaron límites que nunca debieron cruzar. Por años no lo entendí como una agresión. Simplemente lo guardé, lo evité, lo negué. Tenía seis años cuando algo me hizo sentir extraño. Luego a los nueve. Más adelante, otra vez, a los 11. Nunca lo conté. No sabía cómo. No tenía palabras. No tenía herramientas.

Con el tiempo, en espacios de formación y acompañamiento, empecé a ponerle nombre a lo que había pasado. Empecé a hablarlo en voz alta. A comprender que lo que viví fue violencia. Que el silencio no era una elección, era una forma de protección.

Hoy entiendo que esas experiencias marcaron muchas decisiones de mi vida. No las determinan, pero sí me atravesaron. Me hicieron sentir que mi cuerpo no era un lugar seguro.

Pero también me empujaron, más adelante, a buscar una forma de habitar desde otro lugar, uno donde pudiera sentirme más en control de mi vida y mi identidad. Reconocí que el ser niña, el ser una adolescente, el ser una mujer me ponía en un lugar de mucha violencia.

Cuando hablo de mi infancia, no lo hago para quedarme en el dolor. Lo hago porque sé que, como yo, hay muchas personas que guardan silencios pesados. Y porque creo que cuando compartimos lo vivido, cuando lo nombramos sin vergüenza, estamos diciendo también: esto no debe pasar.”

Más adelante, alrededor de los 19 años, migré a Tegucigalpa por estudios. Pero también viví una migración más a lo interno, cuando empecé a reconocer que la identidad que se me imponía no era la mía.

Mi tránsito no comenzó en el cuerpo. Comenzó con el arte, con las pinceladas torpes que más tarde serían discurso, con el activismo en los márgenes, con el feminismo que abracé cuando aún me nombraba lesbiana. Entonces supe que resistir también era crear.

Pero mientras la ciudad me ofrecía posibilidades, también me recordaba constantemente que no encajaba. Era negro en una capital blanqueada, trans en un sistema que solo reconoce cuerpos regulados.

Ya en la capital, regresé a La Ceiba por vacaciones. Fue entonces que un garífuna — como yo — me engañó con una sonrisa y me llevó hasta su casa. Me violó. Caminamos juntos de regreso a la playa después, como si no hubiera pasado nada. Ese fue uno de los últimos abusos. Esa fue la gota que, sin





saberlo, empujó mi transición. Muchos creen que mi transición fue por esos abusos. Debo dejar claro que no fue así. Pero si algo me queda claro es que ser mujer en Honduras es una sentencia de riesgo.

Mi tránsito fue también una forma de buscar seguridad. Me identifiqué como hombre trans en 2018, luego de muchos cuestionamientos, y más tarde comprendí que tampoco era eso completamente. Ahora me nombro transmasculino. Estoy en tránsito. Me niego a ocupar el molde de la masculinidad que tanto daño ha hecho.

Mi activismo nace de esa contradicción. Porque mientras algunos sueñan con la barba,



el pecho plano y la testosterona perfecta, yo me pregunto: ¿a cuántos nos alcanza la vida para alcanzar ese ideal? Hormonarse en Honduras es un privilegio.

No hay acceso público, todo se consigue por contactos o en privado. Los exámenes médicos son caros. Algunos optamos por asegurarnos de lo mínimo: que el hígado esté bien, que los riñones funcionen. Y ya. Es un riesgo calculado. No porque queramos. Porque no hay de otra. Los derechos nos los niegan de formas sutiles y brutales. Como cuando intenté renovar mi pasaporte y el sistema no supo qué hacer con mi foto, con

mi nombre y con mi cara.

Me rechazaron el trámite porque no “coincidían”. O como cuando el banco me bloqueó las cuentas porque mi voz no era “suficientemente femenina” para el nombre que aparecía en el sistema. O como cuando un militar me pidió que me levantara la camisa en un retén, sólo por ser quien soy, sólo por tener tatuajes, sólo por ser negro y masculino. Y aún así, me leen como hombre. Eso me ha salvado del acoso callejero. Pero ahora me ven como amenaza. Como negro, como hombre, como posible criminal. Antes me cosificaban, pero ahora... ahora me sospechan.

Mi familia no lo entendió desde el principio. Mi mamá, que murió en 2017, fue la primera en preguntarme, pero lo hizo con dureza. Le hablé a través de un libro, donde conté mi historia. Ella leyó. Y aunque no comprendió todo, supo respetar. Conoció a mis parejas, nos quiso a su modo. Mi papá se fue cuando tenía 11 años. Migró a Estados Unidos y se volvió predicador. Nos reencontramos casi 20 años después. Me reconoció, pero le costó. Le dije: “Ya no tenés una hija, tenés un hijo”. Aún estamos reconstruyendo ese vínculo, con muchas heridas entre medio.

Soy Obrayan. Fundé el colectivo *Negritudes Trans* porque entendí que no basta con hablar de género si no hablamos también de raza, clase, territorio. Porque también dentro del activismo he vivido el racismo. Porque a veces parece que la lucha por ser trans termina donde empieza el color de piel. Resistir es una herencia. Mi pueblo ha resistido siglos. Yo también resisto. Pero ya no quiero sólo resistir. Quiero vivir con dignidad. Quiero construir espacios donde podamos habitar sin miedo.

Donde mi voz no bloquee una cuenta bancaria. Donde mi nombre no ponga en pausa un trámite. Donde ser garífuna, trans y pobre no sea una sentencia, sino una posibilidad de ser y estar.

ESTÁ BIEN SENTIR... Y TAMBIÉN NO SENTIR.

**TIZIANA  
MORALES**





## Tiziana Morales: Está bien sentir... y también no sentir

Me llamo Tiziana, pero muchos me conocen simplemente como Tiz. Tengo 25 años, vivo en Ciudad Quetzal y trabajo en un call center, donde —curiosamente— descubrí una habilidad que antes no valoraba tanto: escuchar. Escuchar, no solo oír. Escuchar con paciencia, sin juicio. Tal vez por eso, algunas personas se abren conmigo como si ya supieran que lo que me digan va a ser recibido con respeto. Aprendí a escucharme también, y fue así como, hace poco más de dos años y después de meses de duda, angustia, confusión y a veces incomodidad, finalmente acepté que soy una persona asexual, una mujer cisgénero asexual. No lo supe desde siempre. Pasé por muchos intentos de definirme, de encajar, comparando mis vivencias con la de los demás.

Me nombré bisexual un tiempo, creí que algo en mí estaba mal, que quizá me faltaban hormonas —como alguna vez insinuaron en voz alta frente a mí— o que simplemente no sabía lo que era el deseo. Hasta que encontré una metáfora perfecta. La sexualidad, para mí, es como un dulce: no lo busco, no me desvelo por él, tampoco es algo que necesite, pero si me lo ofrecen con cariño, alguna vez, remotamente puedo aceptarlo. Incluso a veces, no. Y con un dulce una vez por año, tengo más que suficiente y quizá eso sería hasta demasiado.

Mi familia también ha sido un pilar importante, aunque muchas veces se dé por hecho que hablar de sexualidad en casa es tabú, en la mía no fue así. Desde pequeña escuché palabras como condón, anticonceptivos o relaciones sin que fueran susurros llenos de vergüenza. Ese ambiente me permitió cuestionarme sin miedo, nombrar lo que sentía sin culpa. Aunque no siempre entienden del todo lo que implica ser asexual, nunca me han hecho sentir que

tengo que ser distinta para ser querida. Y eso, en un mundo que te exige constantemente justificar quién eres, es un refugio invaluable.

Sin embargo, eso que para mí es natural, ha sido motivo de duda y violencia. Una vez, mi pareja de entonces me dijo que, si yo no le brindaba lo que él necesitaba, alguien más lo haría. Y yo, que lo quería, accedí. Lo hice sin desearlo. No hubo golpes, no hubo forcejeo, pero fue abuso. Un abuso disfrazado de amor. Lo comprendí después, en terapia. Y me costó mucho aceptar que amar a alguien no justifica la traición a una misma.

Desde ese momento, empecé a hablar. Primero tímidamente, luego con más fuerza. Busqué en redes a otras personas como yo... y las encontré. Encontré historias similares: silencios impuestos, corporalidades forzadas, deseos negados. Así entendí que lo que me pasaba no era raro. Era simplemente distinto y era legítimo. Y empecé a crear comunidad. Empecé con un conversatorio virtual, en 2022, donde invité a personas de toda Latinoamérica a hablar sobre sexualidad y romanticismo. Fue una explosión de verdades. Gente que decía “yo no sabía que era demisexual”, o “por fin entiendo por qué nunca me sentí

cómoda en mis relaciones”. Ese día sentí que había encontrado mi vocación: generar espacios para que otras personas se reconozcan, se acepten, y se quieran sin culpa.

En la marcha del Pride 2023, llevé mi banderita asexual... que yo misma realicé, porque mi bandera no se produce tanto como las demás; iba emocionada, pero también temerosa de no encontrarme en el mar de colores. Y de pronto, vi a lo lejos a un señor con una bandera asexual enorme, ondeándola con orgullo. Corrí hacia él como si corriera hacia una parte de mí que había estado sola mucho tiempo. Nos abrazamos, nos reconocimos sin decir mucho. Él me dijo: “Desde lejos vengo caminando y hasta ahorita encuentro otra”. Y yo le dije: “Yo también”. Lloramos un poquito. Nos tomamos fotos. Ese fue



[illegible][illegible]



**"SER UNA PÉRSONA LGBTIQ+ EN CENTROAMÉRICA ES RESISTIR TODOS LOS DÍAS"**

**SI QUERÉS CONTAR TU HISTORIA Y SUMAR TU VOZ A ESTA MEMORIA COLECTIVA,  
ESCRIBE AL +503 7758 1998 O AL CORREO COMUNICACIONES.ELSALVADOR@OIKOS.PT O EN NUESTRAS REDES SOCIALES:**



**@oikos.americacentral**



**@OikosONGD\_AC**



**<https://oikos.pt/>**